

vadores son aplicables a las situaciones más diversas.»

Expone a continuación Hopkins el desarrollo y regresión del liberalismo y conservadurismo en América, haciendo notar cómo en la aportación europea al nuevo mundo figura, en primer lugar, la tradición de la libertad ordenada y el gobierno constitucional, si bien la influencia puritana, más persistente en América que en Inglaterra, distorsiona el equilibrio entre autoridad y libertad en favor de esta última, con la consecuente merma en la idea del bien común. De la misma manera que el lenguaje de la Revolución Francesa fué el empleado en sus polémicas por federalistas y republicanos en la pugna por la Unión, el lenguaje marxista se hizo oír entre los partidarios y detractores del «New Deal», debido a la poderosa influencia del marxismo sobre la mentalidad americana. Mas en todos los casos en que dos partidos americanos se enfrentan suele haber una concordancia en los principios en que ambos se inspiran, discrepando sólo en las opiniones, ya que el subsuelo común de sus creencias es la tradición individualista que exalta la libertad.

La Revolución Rusa como la Francesa, sugestionó a gran número de americanos, mientras otros parecían más inclinados hacia los radicalismos del Derecho. Después de un período de esperanza, el establecimiento de Stalin como dictador y la más clara percepción de lo que pretendía realmente Hitler hicieron recapitular a los americanos sobre sus instituciones, su cultura y sus reservas sociales y políticas, comprendiendo que contenían un valor que conservar y por el cual luchar. La reacción de una parte de los americanos es volver al individualismo, otros tratan de robustecer la autoridad sobre la depravada naturaleza humana.

La conclusión a que apunta el presente artículo es que los principios del colectivismo, individualismo y absolutismo no proporcionan las bases adecuadas para sociedades civiles que buscan efectuar una reconciliación de la libertad y la autoridad de sus instituciones. Los principios de la tradición ciudadana, que no eran exclusiva propiedad ni de liberales ni de conservadores, ofrecen las bases para llegar a dicha reconciliación y, por tanto, deben ser restaurados en el lenguaje del siglo xx.

Pese a las simplificaciones que forzosamente ha tenido que hacer el autor

para adaptar su trabajo a los límites de un estudio limitado por razones de espacio, permite proseguir el desarrollo del conservadurismo, en función del liberalismo, ya que ambos términos suelen ser comprendidos por contraste, se destaca una cierta uniformidad conceptual en el desarrollo del pensamiento político y filosófico en Norteamérica, que recibe los cambios doctrinales de Europa como un impacto superficial, manteniendo la unidad e intangibilidad de su tradición ciudadana de individualismo y libertad.—M. del P. M.

SOMBART (Nicolaus): *Vom Ursprung der Geschichtssoziologie*, en «Archiv für Rechts-und Sozialphilosophie», XLI/4, 1955, págs. 468-510.

El origen de la sociología de la historia puede ponerse en Claude-Henri de Saint Simon y Auguste Comte; para iniciar con seguridad este estudio es necesario tener en cuenta dos cosas fundamentales: primero, que se trata de dos biografías, aunque de un solo sistema, y segundo, que este sistema no es tanto la producción original de dos personas como el producto típico de una situación.

Saint Simon pertenece a una estirpe picarda, cuya tradición se remonta a Carlomagno, y es, pues, un aristócrata de rancio abolengo, en tanto que Comte pertenece a una familia de la clase media. En la vida de Saint Simon hay algo fascinante, y su misma personalidad tiene este carácter, en tanto que la vida de Comte aparece como envuelta en un halo de mediocridad. Hay en Saint Simon una oscura fuerza que impulsa el conjunto de toda su obra, y, sin embargo, es una de las inteligencias más modernas, en el sentido de que previó con admirable intuición el espíritu de nuestro tiempo. Nada quizás más erróneo que considerar a Saint Simon un liberal. Esta valoración política, e incluso espiritual no se avenía con su concepción del mundo y el espíritu total que quiso imponer a su saber. Saint Simon vió claro el futuro industrial de Europa, y el papel que en este futuro industrial le correspondería jugar a la inteligencia. Aparece, pues, como un aristócrata que se da cuenta de que la aristocracia ha cambiado de manos. El mundo entero se ha transformado y la revolución es el momento transitorio de esta transformación. En su obra es muy frecuente

encontrar la expresión de cambio, transición, proceso, lo que da idea de la profunda conciencia que Saint Simon tenía del carácter crítico de su tiempo. Precisamente desde este carácter crítico pudo descubrir el nuevo sujeto de la historia: la sociedad, e interpretar, por consiguiente, el pasado, y en cierto sentido el futuro, desde una ciencia interpretadora de este sujeto, es decir, la sociología.

Augusto Comte, por su parte, responde a las mismas coordenadas de Saint Simon. En uno de los pasajes de sus obras se descubren estas dos expresiones que son sumamente importantes: la expresión «niveau du siècle», y esta otra, que tiene el carácter de una sentencia fundamentalmente moderna: «ayant la conscience de notre temps, nous avons celle de ceux qui nous convient de faire». Siguiendo la línea de Saint Simon, Comte estudia el nuevo sujeto de la historia: la sociedad, procurando encontrar la ley que regulase el proceso de formación, según el cual este nuevo sujeto había hecho su aparición histórica. Y así cree descubrir un nuevo modo de filosofar, que se corresponde al estado final del proceso histórico y a la situación de la actualidad. Quizás lo menos importante de su doctrina sea el aspecto psicológico que a veces la fundamenta. Lo más importante es el aspecto crítico y la elaboración de la nueva disciplina: la sociología, que le impulsa a proponer una nueva organización del mundo, y dentro de esta nueva organización del mundo, una nueva *potestas spiritualis*. E. T. G.

SCHNUR (Roman): *Über Maxim Leroy*, en «Archiv für Rechts-und Sozialphilosophie», XLI/4, 1955, págs. 511-527.

Maxime Leroy encuéntrase, cuando publica sus mejores obras, fundamentalmente *Les transformations de la puissance publique*, con una situación caracterizada por un pasado de alteraciones profundas, tanto en el orden político práctico como en el orden teórico. El concepto russoniano de «volonté générale», que había servido de base para la solución del problema de las relaciones entre el Estado y la sociedad, había quedado inservible por la completa transformación de estas relaciones, ya que el Estado iba perdiendo el carácter de opuesto a lo social. El punto máximo de esta transformación lo señala en el si-

glo XIX la revolución de julio, y sus teóricos, ningún ejemplo mejor que el de Lorenz von Stein, piensan desde el supuesto de esta oposición. Pero después del momento cesarista de Napoleón III, las ideas jurídicas y sociales de los teóricos franceses inician un nuevo camino: el de la superación de la oposición tradicional de Estado o sociedad. Esto implica, a su vez, una renovación del concepto de democracia, transformando el antiguo punto de vista de la «volonté générale» por un nuevo punto de vista en el que grupos concretos de organización social se integran sin oposición ninguna, excepto de los órganos estatales de dirección. Este es el sentido de una de las obras más importantes de Leroy: *Essais sur la théorie de l'autorité dans la démocratie*. Leroy cree que una autoridad, sostenida por compromiso de partido, es una autoridad precaria y que todo compromiso tiene de suyo el carácter de inestabilidad. Así, pues, más que introducir criterios políticos para renovar el problema y la solución en las relaciones entre Estado y sociedad, hay que introducir criterios administrativos y funcionales que se refieran a problemas concretos. El Estado se transformará, de este modo, en la organización administrativa colectiva de los servicios públicos y no en la resultante de un compromiso político. De aquí la importancia que Leroy concede a los Sindicatos y su visión del Sindicato como el órgano solucionador de los conflictos políticos, trasmutando éstos a través del Sindicato en conflictos de atribuciones administrativas. Hay en esta tesis una superación de la democracia. La democracia, decía Leroy, sólo tiene en cuenta a los individuos abstractos gobernados por ideas y opiniones, en tanto que la nueva democracia por él defendida considerará a los individuos integrados en profesiones y sustituyendo las viejas fórmulas de la revolución francesa por el principio de la solidaridad profesional.—E. T. G.

BLAU (Joseph L.): *Royce's Theory of Community*, en «The Journal of Philosophy», vol. LII, núm. 3, 1956, New York, págs. 92-98.

La teoría empírica de Royce ha sido, sin duda, sustituida por un nuevo ciclo de problemas, incluso en aquellos que afecta a su problemática, pero es mérito de Royce, lo mismo que lo es de